TORIBIO TIJERINO, MAESTRO DE PATRIOTISMO

LUIS MENA SOLORZANO
Embajador de Nicaragua.

Para pronunciar o escribir, el nombre de Toribio Tijerino, todo nicaragüense, donde quiera que se encuentre, está obligado a ponerse de piés y disculparse. Es la respetuosa reverencia a que tiene derecho un hombre que hizo del amor a la Patria un culto. Hombres como él solamente nacen una vez cada cien años, y cuando se van para siempre dejan a la posteridad un diamantino ejemplo de verticalidad, que inyecta sangre pura y generosa en las venas de sus conciudadanos.

Toribio Tijerino mantuvo su alma en el servicio permanente de Nicaragua. No fué lo que se suele llamar un político, porque, de haberlo sido, hubiera practicado la faramalla y el embuste, y se hubiera enriquecido rápidamente y sin escrúpulos. Fué lo que la sabiduría ciudadana cataloga como eminente **ESTADISTA**, dentro de un pensamiento constantemente de altura. Pertenecía Toribio Tijerino a la élite, de los que conservan la independencia de su criterio, caminan erguidos mirando al sol, y no sucumben a la amenaza ni al halago. Era un hombre superior, un raro en ese ambiente predominante y vulgar de los desenvolvimientos de nuestros campanarios de aldea. Le conocí íntimamente. Me cupo el honor de ser su secretario particular por algún tiempo. Me distinguió con su amistad y su cariño, y, puso en mis manos, sin reservas, su archivo político, fuente de dignidad y de honor. Fué mi noble amigo todo el tiempo, y colaboré con él en muchos asuntos de envergadura y de rebeldía, relacionados con los sagrados intereses y el prestigio de Nicaragua. Su muerte, en tierra hermana pero que no era la suya, me golpea el corazón, porque, con sus excepcionales virtudes de nicaragüense y de hidalgo, se adentró en mis afectos, y siempre tuve para él devoto respeto y especial estimación.

Toribio Tijerino fué un hombre de hogar, de sanas costumbres y de honestidad acrisolada. Pasó por los puestos públicos, y muy elevados por cierto, dejando el grato recuerdo de su prestancia principesca y de maravilloso ejemplo de trabajo, de dinamismo y de acción, sin haber jamás lastimado la susceptibilidad ni la epidermis de ninguna persona con esos gestos de petulancia y de soberbia que a diario vemos en las mediocridades endiosadas, que, por los remolinos de viento de nuestra política criolla, escalan posiciones de responsabilidad y elegancia que no les cuadra ni merecen, porque Toribio Tijerino fué durante toda su vida severo en el código de la buena crianza, de la immaculada caballerosidad y de las finas maneras.

Defendiendo los intereses de Nicaragua, Toribio Tijerino fué valiente y audaz, y no entraba en la consideración de contemplaciones. En Nueva York, Boston, Chicago, Filadelfia y otras ciudades importantes de Norteamérica, se hizo abrir las puertas para que se oyera su voz altiva, y los elementos sanos de aquella sociedad conocieran el vía-crucis de Nicaragua bajo la insolencia de los Marineros Americanos que ultrajaban nuestra soberanía para proteger a insaciables mercenarios, que nos tenían atados de piés y manos. Su palabra clara, sonora, agigantada por su fé, en buen inglés, era la voz de la dignidad ciudadana reclamando justicia para su abatida y angustiada Patria. No le tuvo miedo a la ira de los poderosos ni a sacrificar todo lo que poseía en aquella santa cruzada por lo que él llamaba el cumplimiento impostergable del deber. El color verde de su divisa partidista siempre se desvaneció ante el radiante azul y blanco de su adorada tierra natal, porque para Toribio Tijerino la Patria estaba sobre todas las cosas y sobre cualquiera de los otros sentimientos.

En su democracia positiva, (que nunca tuvo fa-

llas), Toribio Tijerino fué adversario irreconciliable del fraude electoral, del engaño y la mentira. Jamás estuvo de acuerdo con el Tratado Chamorro-Bryan, porque lo consideró gravemente perjudicial a los vitales intereses de Nicaragua, y así se lo escribió al General Emiliano Chamorro, nuestro Ministro en Washington, suplicándole que no lo firmara, pero, el Ministro General Chamorro le contestó que no le quedaba más alternativa que firmarlo "porque así lo exigían los intereses del Partido Conservador". Denunció los sueldos, (exagerados para nuestra pobre y deficiente economía), que se adjudicaban los misteres Loree y Tillinghast, y los altos gastos de representación, cuando esos funcionarios extranjeros dominaban las directivas del Banco Nacional de Nicaragua y el Ferrocarril del Pacífico, entonces incorporados, insistió con firmeza acerada en que el nicaragüense, señor López Callejas, ocupara el cargo de vice-gerente del Banco Nacional en Managua, jerarquía que nos estaba prohibida, quitó el Fondo de Conversión, que en manos del Guaranty Trust Company no rendía ninguna utilidad a Nicaragua, y lo trasladó al Royal Bank of Canada, que otorgaba intereses por el depósito. Loree y Tillinghast, con decidida influencia en el Departamento de Estado, le hicieron aparecer como "enemigo de los Estados Unidos" por esa conducta esencialmente nacionalista que desplegara Tijerino, porque se sentían perjudicados en el agradable modus vivendi que se habían edificado por las miserias de nuestra nación, y presionaron, con todos los medios a su alcance, para que el Gobierno de Nicaragua destituyera a Tijerino de sus funciones de Director del Banco Nacional, Director del Ferrocarril del Pacífico, Agente Financiero y Cónsul General en Nueva York, pero el Ministro de Nicaragua en Washington, Doctor Pedro González, se opuso enérgicamente y amenazó al Presidente Solórzano con renunciar irrevocablemente si a Toribio Tijerino se le hacía esa injusticia, razón por la que el Presidente optó por pasar inadvertida la insistente gestión que se le hacía. Puro el linaje de esos tres varones que han dejado en la historia tan preciosa lección de civismo.

Cuando el General Emiliano Chamorro dió el Golpe Militar de Tiscapa, Toribio Tijerino le repudió sin vacilaciones. Declaró que no había justificación para alterar el orden público y que la moralidad política exigía que se respetara y apoyara al Gobierno constituido. Inmediatamente convocó una reunión de los nicaragüenses radicados en Nueva York y se procedió a respaldar a los que legítimamente representaban al país, organizándose la Junta Revolucionaria Constitucionalista que reconocía al Doctor Juan Bautista Sacasa como Jefe del Estado. Toribio Tijerino fué electo por unanimidad Presidente de esa Junta, y de igual manera el que estas líneas escribe, para Secretario General. Con fondos de los propios bolsillos de Toribio Tijerino se iniciaron los trabajos y se dictaron todas las providencias para la lucha. Fué, pues, Toribio Tijerino quien dió vida, energía y entusiasmo al movimiento libertador de 1926 que, al final, coronó la victoria de las armas constitucionalistas jefeadas por el General Moncada, la supervigilancia de las elecciones, limpiamente practicadas, y el ascenso de un Gobierno por la voluntad mayoritaria y todopoderosa del pueblo, en vez de la imposición del fusil altanero y asesino, o de las torpes y repugnantes misas negras en los comicios. Esa página de oro en la vida política de Toribio Tijerino evidencia, a luz meridiana, su amor a la República y su profundo respeto a la Ley.

Descanse en paz el Gran Maestro del Patriotismo, el eminente repúblico, el incorruptible profesor de civismo y el siempre noble y leal amigo.